

Yo quiero votar. Me parece que tengo derecho, que todos tenemos derecho a votar. A partir de los dieciocho años, hombres y mujeres, padres o hijos de familia. ¡Que nos dejen votar! Se deciden asuntos que nos interesan a todos, que afectan nuestras vidas y haciendas: debemos exigir el derecho al

Los Contem pora neos

YO QUIERO VOTAR

voto. Personalmente, yo votaría a Nixon. Soy muy sensible a la propaganda de la televisión, la radio y la prensa. Soy considerablemente conformista. Sí, votaría a Nixon. Pero acepto la idea de que otros puedan votar a McGovern. Lo que no acepto, sencillamente, es que a los ciudadanos del mundo occidental, y muy especialmente a los europeos, no se nos permita votar en las elecciones para Presidente de los Estados Unidos.

Creo que estoy perfectamente preparado para ello. Creo que desde que tengo uso de razón —un cierto uso de razón— he visto varios cientos de películas sobre la guerra de la Independencia de los Estados Unidos, y apenas recuerdo más de cuatro o cinco sobre la guerra civil española: la secesión la sigo viendo una vez por semana en Televisión Española —«¡el gran teatro de las praderas!»— y alguna que otra vez en la pantalla de un cine. Mientras mastico mi chicle o fumo mi buen tabaco de Virginia. Conozco como mi propia ciudad, como el pasillo de mi casa, las grandes cuevas de San Francisco. Sus tranvías, el edificio de la Policía con las ventanitas ojivales de mora Ironside. Conozco perfectamente el funcionamiento de sus instituciones médicas, gracias al doctor Welby y al doctor Gannon. No ignoro nada de su complicado mecanismo judicial —¡los recesos!—. Si algo faltase en mi educación, el señor Amestoy la completa abundantemente, y su penetrante voz de vieja me describe las maravillas de la civilización a que pertenezco. Si «ABC» se edita ahora en Nueva York —«¡la cuarta carabela!»—, ¿por qué no he de votar yo en las elecciones de los Estados Unidos?

Ocurre que lo que se decide en estas elecciones me afecta profundamente. Los dos candidatos disputan acerca de la presencia o la retirada de las tropas extranjeras en Europa, y yo vivo en Europa. So-

bre la guerra y la paz a escala global, y yo soy uno de los del globo. Tratan de sus importaciones, y yo quiero venderles mis zapatos. Las variaciones de su moneda y de sus reservas de oro afectan a todo el mundo. Consumo sus productos, sus patentes, sus marcas. Me inunda su propaganda. Y hasta su anti-

propaganda. Por la calle veo muchachas muy españolitas con una cintita en el pelo lacio, como Jane Fonda; me indica que son partidarias de que los picles rojos salgan de sus reservas y se incorporen plenamente a los derechos civiles. Otras y otros de nuestros onubenses o vallecianos se encrespan la melena a la africana: son partidarios de Angela Davis. Mis contestatarios son los mismos: con sus pantalones vaqueros deflecados y su canción de Bob Dylan a flor de labio. Y los españolitos llevan guerreras, donde se lee, muy claramente, «U. S. Army». Todo esto significa, claramente, que yo puedo ser un votante en las elecciones del siete de noviembre. ¿O no?

No. Pero confío que con el tiempo se arreglará. Cuando Europa se haya institucionalizado debidamente, con sus parlamentos y sus mercados nada comunes a pleno rendimiento, ejercerá todas las presiones de su nuevo poder para que a sus ciudadanos se les conceda el «status» de americanos votantes, al que tienen pleno derecho. Y, finalmente, podrán decidir si las tropas de los Estados Unidos, y sus condenadas bombas atómicas, y sus aviones y sus barcos pueden estar en nuestros territorios; si sus guerras y las nuestras son las mismas, si coinciden nuestros enemigos con sus enemigos. ¿No es eso lo que se pretende?

Aspiro con el tiempo no solo a ser elector, sino a ser también elegible. A que lo seamos todos los occidentales, todos los europeos. Quizá yo no sepa bien defenderme con la «machinery» del partido que adopte —pienso que el republicano—, pero veo en el horizonte a otros europeos muy capaces de hacerlo. Me imagino ya el gozo de unas elecciones presidenciales en las que se dirima quién irá a la Casa Blanca, si un tal McFraga o un Nixpiñar, o como quiera que se puedan llamar los políticos de antes, de ese futuro que ya añoro...

POZUELO



COMUNICACION O INCOMUNICACION

Agitado mes cultural en Barcelona. Al Congreso de la Formación le sucede el Congreso de la Comunicación. Tanto uno como otro se han caracterizado precisamente por el carácter negativo de sus conclusiones: no existen posibilidades objetivas de que prospere la formación permanente, y no existe realmente comunicación, sino incomunicación. Durante cuatro días se han desarrollado las sesiones paralelas del IV Simposio Internacional de Comunicación y del Primer Congreso Nacional de Comunicación Humana y Ecología. El simposio ha demostrado la influencia de Henry Kissinger en la cultura «made in USA». Cada uno de los cuatro simposios ha sido organizado por profesores norteamericanos en distintos puntos del mundo. Este año, Barcelona (Ciudad de Ferias y Congresos, Archivo de la Cortesía y Capital del Deporte Español) ha sido la agraciada por los norteamericanos. Llegaron a la ciudad, se encerraron en una sala y organizaron su simposio. Eso sí, tuvieron el detalle de comunicar que al fin de sus deliberaciones a alto nivel distribuirían un comunicado conjunto.

Paralelamente, el congreso nativo, con algunos aderezos de ponentes extranjeros. Las sesiones de trabajo tuvieron muy distinto signo al principio y al final. Empezaron siendo sesiones académicas, con lección magistral desde el escenario y público a la escucha. De pronto se organizó una amabilísima contestación. Importantes sectores de congresistas «peatones» opinaban que la liturgia del congreso

creaba condiciones de incomunicación: la barrera de la escenificación académica era el primer factor de incomunicación, y el segundo, una cierta Babel lingüística, derivada de las distintas perspectivas planteadas por los ponentes.

Coexistían ponencias filopublicitarias hechas por publicitarios, con ponencias de tecnología lingüística presentadas por lingüistas o médicos, con precisiones metodológicas sobre el estudio de los «mass» media, con aproximaciones a la consideración epistemológica de la comunicación, con valoraciones políticas de la comunicación de masas y con algunas escaramuzas ecológicas, que iban del ambicioso empeño de situar al hombre en el mundo al no menos ambicioso empeño de situar en el mismo sitio a don José Ortega y Gasset.

Pongamos algunos ejemplos de esta Babel. Un congresista podía pasar de la audición de una onda lírica a la creatividad humana, al más duro de los lenguajes especializados en materia de comunicación: «Crear significa, en primer lugar, poseer una aptitud de inspiración, intuición, algo misterioso y profundo que pertenece a las zonas más íntimas y entrañables del ser humano...»; «... la lengua, a su vez, en tanto que código, está limitada por los conjuntos semánticos, o sea, por el árbol de semas, que contiene un lexema según los distintos empleos posibles del mismo. Pero estos empleos posibles están determinados por ámbitos culturales y, lo que es muy importante, por círculos subculturales, que son siempre, entre sí, comunicables».

¿Qué es un congreso?

Creo que en esta denuncia de «incomunicación» no había responsabilidad por parte de los ponentes, ni de los congresistas peatonales, ni siquiera de los organizadores. Simplemente, el congreso partió de una planificación convencional, y su rentabilidad comunicativa se redujo a lo que los ponentes pudieran «enseñar» y lo que los oyentes pudieran «autoclarificar». A lo sumo se consideró que el número fuerte del espectáculo radicaría en las discusiones entre especialistas, a las que el público asistiría con esa devota curiosidad sin la cual no hay posibilidad alguna de formación permanente.

Pero incluso este espectáculo era precario, porque se establecían pasillos de comunicación, que iban del ponente lingüista al oyente lingüista, del ponente ideólogo al oyente ideólogo, del ponente pragmático al oyente pragmático. Cada uno de estos pasillos, creados entre el escenario y la platea, estaba protegido, como los cilindros de solomillo, por la grasa del silencio de la incomunicación con el «entrecote» de la cuestión. He aquí la crónica de la situación que hubiera redactado un carnicerito valiéndose de su legítimo lenguaje convencional.

Era legítimo el uso de esta parábola lingüística, pero creaba unas ausencias mentales gravísimas en la sala. Finalmente, la irritación por la liturgia y la irritación, consciente o inconsciente, por la impermeabilidad alternativa de los códigos, cuajó en una «contestación» expresada en los siguientes puntos:

1.ª Denuncia de los fallos organizativos (de información, de contenido de temarios, ausencias y cambios de ponentes, falta de referencia acerca de la personalidad particular de los ponentes).

2.ª Crítica de un programa apretado que hace imposible digerir, discutir y adoptar; en definitiva: comunicar.

3.ª Consideración de que el método de comunicación es, en realidad, de no comunicación, debido a la actitud del ponente frente al auditorio.

Se llegó a la conclusión general de que la forma de concebir un congreso, en la que el congresista no cuenta frente al organizador, es un reflejo inmediato de la situación más general de comunicación imperante en el país.

Este comunicado «contestatorio» tuvo la virtud de modificar desde entonces la disposición escenográfica: la mesa del ponente pasó del escenario al patio de butacas. También los ponentes dejaron de leer sus ponencias, las redujeron a esquemas y aumentó la participación del público. Hubo alguna excepción, como la de un ponente que, recién llegado de Madrid, desconocía la nueva liturgia y leyó la ponencia. La «contestación» no se lo tomó inicialmente en cuenta y aceptó la excepción, que tal vez confirmaba sus reglas.

Al término del congreso queda-

ba planteada la discusión de este medio de comunicación. ¿Cómo debe ser un congreso realmente participativo? Es fácil variar la liturgia y encontrar fórmulas democráticas de participación de «autoridades en la materia» y «peatones de la materia», o entre «teóricos» y «prácticos». Lo más difícil en un congreso sobre comunicación, con la variedad de niveles, perspectivas y códigos que implica este tema, es crear la posibilidad de un inter-lenguaje entre esos distintos niveles y perspectivas. Tal vez todo podría resolverse variando por una parte la liturgia y facilitando claves lingüísticas adjuntas a cada ponencia. Esto, por ejemplo, no sólo obligaría al especialista a aclarar qué entiende por semémico, sema o lexema, sino también al ponente poético a aclarar qué entiende por inspiración, intuición, misterioso y profundo.

un sistema que le permite ganar tres millones al año mientras el salario mínimo de un obrero ni se acerca a las cien mil pesetas anuales. Incluso sería gratuita una declaración de profesionalidad equis. Habría un condicionamiento extra en el proceso comunicativo.

Lo ideal sería que los ponentes se presentaran con seudónimo, y en caso de ser facialmente famosos, prestarse a maquillajes de camuflaje o incluso operaciones de cirugía estética, que en algunos casos serían de agradecer.

Un indudable interés

Aunque sólo fuera por esta discusión sobre el «congresismo» como medio de comunicación, el congreso nativo de Barcelona ya habría valido la pena. Puede haber sido una discusión previa fundamental para replantear convocatorias de este tipo en un futuro.

profesional, política, de la comunicación.

Curiosidad y rentabilidad

El estudio de la comunicación aparece hoy fundamental para una serie de prácticas profesionales: desde la del psiquiatra hasta la del maestro, el publicista. Es fundamental una garantía de receptibilidad del mensaje, y esa garantía sólo puede conseguirse mediante la comprobación de que se establece auténtica comunicación entre emisor y receptor.

Aparece igualmente fundamental para los técnicos de comunicación, por cuanto en su mayor parte han tenido una formación empírica y no analítica.

Tiene también una importancia extrema la relación comunicación-política, que ayudaría al sector de investigadores puros a clarificar buena parte de sus investigaciones sin principio ni fin histórico y ayudaría a los profesionales a comprender la parte, no siempre honesta, que desempeñan en un proceso comunicativo que dominan los propietarios de medios de comunicación en función del control persuasivo del público.

La curiosidad por la comunicación ha crecido considerablemente en España. Hay en el mercado obras de investigación sobre el asunto, debidas, en su mayor parte, a los ponentes españoles que han participado en este congreso. Los hay que han tratado el tema directamente, como Castilla del Pino, Vázquez Montalbán, Sánchez Zavala, Román Gubern, Cirici Pellicer, Margarita Riviere, etcétera. Los hay que lo han tratado como profesores: Martínez Albertos, Pedro Oriol Costa. Los hay que, por caminos indirectos, han hecho del problema de la comunicación o de la incomunicación un cierto eje de su labor intelectual: Aranguren, Pániker, Bofill... Faltaba en el congreso algún ponente que me parece fundamental. Por ejemplo, Casasús, autor del único balance sobre las escuelas de especialistas de la comunicación publicado en España.

Por otra parte, ha aparecido por fin una revista especializada, en la que cristalizan balbuceos hasta ahora reservados a revistas publicitarias. Me refiero a **Comunicación**, una publicación prometedora y que siempre tendrá el mérito de haber sido la primera. Se vence cierta resistencia entre intelectuales nobles para poner mayúscula al problema de la comunicación.

Esta curiosidad está principalmente protagonizada por profesionales de la comunicación, psiquiatras, psicólogos, lingüistas, sociólogos, urbanistas, pedagogos, todos los que de una u otra manera han hecho del lenguaje, caliente o frío, vertebrado o invertebrado, materializado o verbalizado, o visualizado, la razón de su reflexión. También sería importante extender esta curiosidad a otro tipo de profesionales de la cultura y, finalmente, al público, en la medida que sea. Porque cada día se revela más posible una importantísima reivindicación histórica colectiva: la ruptura de las barreras de la incomunicación programada y la apertura del camino hacia el cambio. ■ BARONESA D'ORCY.



Estas dos reformas parecen más fundamentales que, por ejemplo, la que exige que se den datos sobre profesión e intereses particulares del ponente. Esta «información» puede propiciar una predisposición «comunicativa» totalmente falseadora. Por ejemplo: un ponente hace una declaración de renta de tres millones de pesetas al año y a continuación formula una seria condena del sistema capitalista manipulador de la comunicación. Es posible que el ponente viva una contradicción personal, pero también es muy posible que «diga» verdades objetivas sobre las deficiencias de

Pero, además, el congreso puede ser considerado «histórico» por muchos motivos: en primer lugar, ha situado por primera vez en España toda la complejidad de un tema hasta ahora marginado por la pezezosa curiosidad cultural del país; ha planteado brutalmente la necesidad de una nueva metodología de los conocimientos sobre comunicación que sintética de alguna manera la vía lingüística y la historificadora; ha planteado el papel del profesional de la comunicación en relación con sus medios, instrumentos y destinatarios; ha planteado la dimensión tecnológica,